

con sus colas oscuras. Y otros paños rojos. Abajo se extendían y ocultaban por completo los retablos, hasta el suelo.

Por cierto, este era el momento más gozoso para los jóvenes. Porque al ir y venir a subir la corona habíamos de recorrer todas las bóvedas centrales, arrasando al mismo tiempo todos los nidos de palomas con pichones comibles. Alguna lechuza también hemos cazado. Luego, al bajar, alguien preparado nos esperaba para llevarse la "caza". Esto era posible por los vericuetos oscuros que tenían los bajos del Coro, que servían al mismo tiempo para subir a la bóveda y tocar las campanas. Se salía por la puerta de La Umbría, que daba enfrente de la puerta actual del Sur. Esto había de ser en absoluto secreto, pues mi padre (quizá lo supusiera) y don Tiburcio, no nos lo permitían.

Siguiendo con mi relato, en el centro de los paños colgantes se elevaba un Tabernáculo altísimo. Y para subir a él se montaba una escalera ancha por abajo y ajustada a las dimensiones del expositor por arriba. Unas barandillas, muy leves, intentaban dar sensación de seguridad al sacerdote que subía hasta el Santísimo.

Todo este artilugio era de muy mal gusto, de hojalata y maderas viejísimas, astilladas y con innumerables agujeros de clavos. La verdad es que no hacía mucha impresión en los fieles y demostraba la escasa imaginación de los párrocos en los ciento cincuenta años que le calculábamos a las piezas.

El lunes de Pascua volvíamos a desmontar el Monumento, con menos curiosos y voluntarios ya. ¡Ah!, y sin palomas tampoco. Recogíamos y almacenábamos las piezas en lugares aparentes que había bajo el Coro y junto al órgano, precisamente encima del Coro. Y hasta el año próximo.

Y eso digo yo también ahora.

Daimiel, abril de 1982.

Galo M.-GIL UTRILLA

---

# CRISPULO

T. V. BLANCO-NEGRO y COLOR  
ELECTRODOMESTICOS

---

Monescillo, 6 - Teléfono 85 03 04